

El Congreso Universal de la Salud Mental se desvela, no sin razón, por formar a los hombres de mañana, considerando, sin duda, que los de hoy no tienen remedio.

Insignes psiquiatras prestan singular atención a este problema y aportan datos fundados en la experiencia de cada día. Según ellos, el niño alejado de sus progenitores sufre perturbaciones que entorpecen su desarrollo normal. ¿Es, pues, necesaria la continua presencia de aquéllos? Sería arriesgado afirmarlo. De las estadísticas se deduce que las criaturas cuya madre trabaja fuera de casa gozan de mejor salud que aquellas no despegadas del regazo materno. La excesiva indulgencia, el cariño mal entendido, traen consecuencias funestas y no se sabe, a fin de cuentas, comparando los inconvenientes del niño mimado y los del desatendido, cuál de éstos es más susceptible de convertirse en un individuo equilibrado, apto, cabal.

El Congreso Universal, laborando en pro de una "reafirmación de los valores familiares", aconseja reiteradamente la formación de "Escuelas de Padres". Si la educación de los hijos constituye una de las misiones más arduas y trascendentales, ¿por qué fiarlo todo al buen deseo, a la intuición? ¿Por qué no "aprender a enseñar"?

En Francia particularmente, y con frecuencia alarmante, se dan casos de seres no responsables de sus malas inclinaciones, extravíos y amoralidad, ineducados por "padres terribles", es decir, neuróticos egoístas, carentes de principios y de autoridad. El Congreso Universal de la Salud Mental afirma que esa educación de los futuros padres debe ser obligatoria, y que el hombre, tanto como la mujer, antes de contraer matrimonio han de presentar un certificado de "conocimientos psico-pedagógicos elementales".

Con todos los respetos a tan doctas opiniones, consideramos que nada sustituye en la vida del hombre a la ternura de una madre, aun cuando ésta no represente el tipo de la madre sensata, eficaz y ejemplar que abunda en España. Tienen los primeros años del ser humano una influencia decisiva en su destino. Con relación a personas de carácter atrabiliario, rencoroso, y a modo de justificación, oímos decir a veces: "Tuvo una infancia muy dura, muy triste". Sin duda, la amargura del primer período de su existencia dejó en ellos una huella imborrable a pesar de las compensaciones que encontraron más tarde, a pesar del mismo triunfo halagüeño en cualquier empresa o actividad. Mal síntoma. El dolor no envilece a las almas nobles. Los seres de espíritu elevado saben superar la tristeza, la injusticia que ensombrecieron su infancia y su adolescencia. Mu-

chos de aquellos entes resentidos, crueles, cenagosos, cuya vileza sobrecoge y subleva, antes debieran mover a compasión porque no conocieron la sonrisa, el calor, el ejemplo de una madre.

* * *

Para conocer el ambiente de la familia española en otro tiempo, nada mejor que la semblanza trazada por un hombre genial, a quien los sanos principios inculcados desde la infancia no evitaron la desesperación que le condujo a una muerte trágica. Mariano José de Larra nos refiere cómo en su casa se rezaba el rosario diariamente, se leía la vida del santo y nunca se estaba ocioso. ¿Salidas? ¿Diversiones? un paseito en la tarde de los días festivos, y gracias. La familia, en amor y compañía, velaba hasta las diez de la noche. ¿Lujos? ¿Caprichos? Se estrenaba—¡con qué ilusión!— un traje el Domingo de Pascua. Se cuidaba —¡con qué santo celo!— de que la niña no anduviera "balconando". Los padres gozaban de una autoridad suprema, de un prestigio infinito. Se decía "señor padre" y "señora madre" con el debido respeto. El "señor padre" andaba "con las manos más besadas que reliquia vieja" registrando todos los rincones de la casa hasta comprobar que en ella no se había infiltrado ningún libro pernicioso.

Entre la mentalidad de la "mamy" actual y la que caracterizaba a la "señora madre" media un abismo, aun cuando su corazón sea el mismo. Entre las costumbres que nos describe Larra y la camaradería, el "tú por tú" que hoy se da entre padres e hijos, existe un término medio: el difícil secreto de conciliar en el corazón filial la confianza y el respeto. Buena norma que nos permitimos sugerir a los "educadores de padres".

Alguien dijo que "cada hora tiene su afán". ¿No temen los preclaros varones que integran el "Congreso Universal" que el aprendizaje anticipado, el obligatorio certificado de estudios psicopedagógicos pueda restar encanto y poesía a las ilusiones de un hombre enamorado, y que el tema de la educación sea incompatible con el tono del eterno diálogo amoroso? Francamente, no concebimos sin dificultad a un muchacho enamorado—cuando menos, a un muchacho español— hablando a su novia de normas pedagógicas, exponiendo a la mujer que le sorbe el seso los métodos más apropiados para llevar a cabo la educación de unos hijos hipotéticos.

Si el Congreso Universal de la Salud Mental llega a realizar su proyecto, procediendo a fundar escuelas de padres, suponemos que todo no se limitará a esfuerzo, disciplina y aplicación en los futuros progenitores, y que se darán normas oportunas para

que los padres efectivos, llegada la hora de poner en práctica sistemas y teorías, puedan disfrutar periódicamente de largas vacaciones, de un descanso que les permita recuperar fuerzas antes de proseguir su difícil tarea.

* * *

Aquellos dos padres de familia dialogaban, manifestando criterios dispares.

—Créame—decía el primero—, nada de contemplaciones. ¡Mano dura! Yo no sé qué hacer con mi hijo, que es un gandul y va muy atrasado en sus estudios. Como no me traiga la reválida en septiembre, ¡ya se puede preparar! Tomaré las medidas más enérgicas. Y, por lo pronto, ¡menuda torta le voy a dar!

El otro se mostraba partidario de la paciencia y, en el peor de los casos, de la resignación. Y como el padre severo se exaltara, enumerando las consecuencias estremecedoras que traería un suspenso, el benévolo optó por escuchar en silencio. Sonriendo, rememoraba sin duda sus propios sabores de muchacho, el esfuerzo de estudiar las guerras púnicas en las tardes estivales, cuando los caminos sombreados invitan a recorrerlos en bicicleta; pensaba en la aridez de aprender lo que significa el silogismo cuando amanece un hermoso día de playa...

Y, finalmente, terció la esposa del padre afable:

—No se moleste usted. ¡Si no le convencerá! La verdad es que peca de blando. En casa, los papeles andan cambiados, y a veces he de imponerme yo. Mire usted: cuando al chico, a pesar de haber estudiado, le dieron calabazas, se lo comuniqué a su padre no sin ciertos rodeos. ¿Sabe usted lo que me dijo? "Bien pensado, y teniendo en cuenta que de cuarenta han aprobado a diez, ¿por qué había de ser nuestro hijo uno de los privilegiados?" Aquel día, cuando estábamos almorzando, apareció en la mesa una magnífica tarta helada. Pregunté quién la había enviado, y si acaso se me pasó inadvertido el santo de alguno de nuestros hijos. "Mujer—dijo entonces mi marido—. Es... en honor del chico, que bastante disgusto tiene. Si; para endulzarle el suspenso".

De aquellos dos padres, ¿quién acertaba? ¿El de la "torta"... o el de la tarta? ¿El implacable o el indulgente? De los dos estudiantes, ¿cuál tiene más probabilidades de realizar una brillante carrera?

Sólo sabemos que un día, mucho más tarde, cuando a estos dos muchachos, convertidos en hombres maduros, les toque evocar el recuerdo del padre desaparecido, uno de ellos—ya sabéis cuál— lo hará con más emoción, temblándole un poco la empañada voz.

Agustín de FIGUEROA
Marqués de Santo Floro

(Del "ABC", del 22 octubre).